

BARCELONA 67

IX SEMANA INTERNACIONAL DE

CINE EN COLOR

COINCIDIENDO con la celebración y el marco de «Sonimag 5» —V Salón de la Imagen, Sonido y Electrónica— Barcelona, «ciudad de ferias y congresos», según reza un slogan abundantemente repetido en todos los rincones de la capital catalana, celebra la Semana del Cine en Color, este año en su novena edición. Paralelamente a ella tiene lugar un concurso de cortometrajes, también en color, que se proyectan en la primera parte de las sesiones de la Semana, y un Congreso Internacional de Cine y Televisión cuyo núcleo más importante, y también el seguido por un público más numeroso y apasionado, ha sido el dedicado a la discusión de los eternos problemas de nuestro cine, en el que una vez más se han enfrentado, ante los máximos representantes de los organismos oficiales, los pareceres de los distintos sectores de la industria. La Semana propiamente dicha, la que consiste en la proyección de una selección de films en color, muchos de ellos procedentes de recientes Festivales, parece estar logrando, después de unos primeros años de evidentes y, en ocasiones, aparentemente insalvables balbuceos, un camino que, al hacer que la ciudad se interese realmente por ella, produce la inevitable contradicción; en efecto, un numeroso público auténticamente interesado por el cine se ha quedado a la puerta del Palacio de las Naciones, mientras quienes se hablan precipitado a adquirir los abonos que quedaban a disposición del público después de cumplidos los compromisos desertaban con frecuencia de la sala de 1.200 localidades en la que se celebraban las proyecciones. La solución de urgencia de repetir en sesiones especiales a las cuatro de la tarde las películas más importantes del programa no ha dejado satisfecho a nadie. Es de esperar, en consecuencia, que en ediciones posteriores Barcelona, sus habitantes, puedan participar en mayor grado de su Semana. La exhibición de largos no es competitiva. Ello quiere decir que, aunque se procure una representación internacional lo más amplia posible, se evitan

los incidentes diplomáticos tan frecuentes en los Festivales en función de aquélla. Los criterios empleados para la selección son, evidentemente, discutibles, como lo serían los que pudieran sustituirlos, y, en cualquier caso, responden —salvo excepciones— a la concepción que del cine tienen los hombres en cuyas manos está en última instancia la programación de la Semana. Las excepciones a que me refiero son las tres películas que componen el lote de los países del bloque socialista. Ni «Bajo el signo de Virgo», de Manole Marcus (Rumania); ni «Los últimos potentados», de Zoltan Verkonny (Hungría); ni «María y Napoleón», de Leonard Buczkowsky (Polonia), interesan lo más mínimo en una manifestación de este tipo; «Faraón», de Kawalerowicz, que fue imposible proyectar en la pasada edición, sí es película que habría interesado. La única conclusión que puede sacarse es o bien que la selección ha sido equivocada o bien que, mientras las tres cinematografías nacionales a las que las películas representan ofrecen un interés extraordinario en sus sectores de cine joven, nuevo, realizado con medios relativamente poco abundantes, reservan el color para las superproducciones tradicionalistas, espectaculares y de viejo estilo.

De «Blow Up», el excepcional film de Antonioni, se ha hablado ampliamente en estas páginas, y volver sobre él con la amplitud que merece exige un espacio que sobrepasa el que puede dedicarse en estas líneas de urgencia. Si vale la pena volver, aunque ya se proyectara en Cannes, sobre «Elvira Madigan», que encuentra su mejor marco en esta Semana. Bo Widerberg ha realizado una obra de un exquisito grafismo, considerada por muchos como la primera obra «hippy» de la historia del cine, y a la que acaso sólo pueda reprochársele el excesivo metraje: lo que habría estado cerca de ser perfecto con una duración de cuarenta o cincuenta minutos, resulta reiterativo al dársele la que las exigencias comer-



«Games», de Curtis Harrington, pudo ser la gran sorpresa de la Semana. Se trata de un inquietante film de horror, muy sugestivo, al que sobran los diez minutos finales, explicativos. Junto a unos decorados llenos de originalidad, hay que destacar la interpretación de Simone Signoret, en la foto junto a Katherine Ross.



Película «manifiesto» de la Escuela de Barcelona, «Dante no es únicamente severo», de Joaquín Jordá y Jacinto Esteve Grewe, logró caldear el frío ambiente habitual del Palacio de las Naciones. En la foto, Romy, una de sus intérpretes principales, junto a Serena Vergano y Enrique Irazoqui.



El último Lelouch, «Vivre pour vivre», era quizá la película más esperada por aquellos para quienes no constituía novedad «Blow Up». Candice Bergen es, junto a Annie Girardot e Yves Montand, su principal intérprete. A la derecha, Pia Dagermark —premiada en el último Cannes— y Thommy Berggren, protagonista de «Elvira Madigan», película de un exquisito grafismo, a la que algunos han calificado como la primera obra «hippy» de la historia del cine, a la que puede reprocharse sólo su longitud.

ciales imponen como «normales». «El extranjero», de Visconti, confirma la decepción de Venecia, aunque quizá los términos en que haya que referirse a ella deban ser menos adustos que los empleados a raíz del Festival italiano. Con «Tatusje», de Johannes Schaaf, se produce el fenómeno contrario; sin dejar de tratarse de un film inteligente y más que estimable, el entusiasmo que produjo su primera presentación en Berlín se hace más mitigado. Y «La coleccionista», de Rohmer, irritante en una primera visión, resulta en una segunda —sin dejar de atacar los nervios en ocasiones— más admisible y sugestivo, aunque sin liberarse de una carga literaria que constituye su mayor «handicap».

Dos cinematografías incipientes, la portuguesa y la peruana, presentaron dos películas fallidas pero no carentes de interés. «Las islas encantadas», de Carlos Vilardebó, es una adaptación de

Melville a la que perjudica una excesiva preocupación plástica y literaria, pero que no deja de tener un cierto encanto, muchas veces perverso. «En la selva no hay estrellas», de Armando Robles Godoy, es excesivamente mimética; el Resnais de «Hiroshima» está presente en su concepción, incluso en muchas de sus imágenes; sin embargo, a pesar de todo, el film interesa como experimento, al margen de su confusión ideológica.

«Games», de Curtis Harrington (Estados Unidos), pudo ser la sorpresa de la Semana. La representación americana en los Festivales suele ser cualquier cosa menos sorprendente. En este caso, la selección de una obra perteneciente a un género al que generalmente no se da cabida en los certámenes, el terrorífico, abría las puertas a aquella posibilidad. Lástima que los diez minutos finales del film, explicatorios, innecesarios, le despojen de parte de su suges-

ción. Con todo, la película es rica, llena de ideas insólitas, a comenzar por el decorado —mezcla de tradicional estilo inglés y pop— y la presencia al frente del reparto de la fabulosa Simone Signoret. «Vivre pour vivre» era, por el contrario, el film sin sorpresa posible. Lelouch, fiel a sí mismo, ha vuelto a entusiasmar a los adoradores de «Un hombre y una mujer» y a irritar sobre manera a quienes salieron irritados de aquí. Cine «de moda», «de café», que obtendrá indefectiblemente un éxito popular en el mundo entero, se sitúa en las antípodas del film de Antonioni, al que ha querido compararse en función del mundo físico presentado. Está «todo»: la guerra del Vietnam y los modelos publicitarias, los mercenarios del Congo y los deportes de invierno, Van Gogh y la televisión. Todo tratado de un modo superficial, brillante, y ligado a una fórmula argumental segura, la del triángulo que «termina bien»...

Por último, unas palabras para la participación española, tarjeta de presentación —o mejor de lanzamiento, ya que «Fata Morgana» y «Circles» se presentaron en la edición anterior de la Semana— de la Escuela de Barcelona, un movimiento del que nos ocuparemos extensamente en un próximo número. Film absolutamente insólito en nuestra cinematografía, nuevo, impertinente, inteligente, el «Dante no es únicamente severo», de Jordá y Esteve, fue la única obra que logró producir reacciones encontradas del público en una sala no muy propensa a ellas o al menos a su manifestación exterior y apasionada. Pero sobre el film, sobre su relación con el movimiento en el que se inscribe, sobre su carácter de manifiesto de aquí, hay que hablar con más calma. Lo que haré, repito, en un número inmediato.

CESAR SANTOS FONTENLA